

DOMÍNGUEZ CAMARGO, HERNANDO (1606-1659)

ANTOLOGÍA BREVE

ÍNDICE:

A don Martín de Saavedra y Guzmán

A Guatavita

A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo

A la muerte de Adonis

San Ignacio de Loyola fundador de la compañía de Jesús

Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España

Soneto

A don Martín de Saavedra y Guzmán

Caballero de la Orden de Calatrava y presidente que fue en la Real Audiencia del nuevo reino de Granada

Tu espada, con tu ingenio esclarecido,
tu sangre, con tu dicha, han fabricado
cuatro partes a un mundo, rebelado
al tiránico imperio del olvido.

Sólo podrás de ti ser excedido,
si rompiéndole el margen a tu hado,
a lo imposible investigares vado;
y habrás de humano dudas admitido.

Estrecho es a tu luz nuestro hemisferio,
al mundo del obrar le das columna,
contigo tus oficios acreditas.

El rey te sobra tu amoroso imperio,
mayor eres en ti, que tu fortuna,
cuando eres más que tú, mejor te imitas.

A Guatavita

Soneto

Una iglesia con talle de mezquita,
lagarto fabricado de terrones,
un linaje fecundo de Garzones,
que al mundo, al diablo y a la carne ahíta.

Un mentir a lo pulpo, sin pepita,
un médico que cura sabañones.
un capitán jurista y sin calzones,
una trapaza convertida en dita.

El ángel de ganados forasteros,
fustes lampiños, botas en verano;
de un)cómo estás?, menudos aguaceros

nuevas corriendo, embustes de Zambrano,
gente zurda de espuelas y de guantes,
aquesto es Guatavita, caminantes.

A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo

Corre arrogante un arroyo
por entre peñas y riscos,
que enjaezado de perlas
es un potro cristalino.

Es el pelo de su cuerpo
de aljófara, tan claro y limpio,
que por cogerle los pelos
le almohazan verdes mirtos.

Cíñele el pecho un pretal
de cascabeles tan ricos,
que si no son cisnes de oro,
son rruiseñores de vidrio.

Bátenle el ijar sudante
los acicates de espinos,
y es él tan arrebatado,
que da a cada paso brincos.

Danle sofrenadas peñas
para mitigar sus bríos,

y es hacer que labre espumas
de mil esponjosos grifos.

Estrellas suda de aljófara
en que se suda a sí mismo,
y atropellando sus olas,
da cristalinos relinchos.

Bufando cogollos de agua
desbocado corre el río,
tan colérico, que arroja
a los jinetes alisos.

Hace calle entre el espeso
vulgo de árboles vecino,
que irritan más con sus varas
al caballo a precipicio.

Un corcovo dio soberbio
y a estrellarse ciego vino
en las crestas de un escollo,
gallo de montes altivos.

Dio con la frente en sus puntas,
y de ancas en un abismo,
vertiendo sesos de perlas
por entre adelfas y pinos.

Escarmiento es de arroyuelos,
que se alteran fugitivos,
porque así amansan las peñas
a los potros cristalinos.

San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús

Libro segundo

Canto cuarto

141

Las rodillas clavado a un risco rudo,
de sus cordeles al menor amago,
la espalda golpes le rebate, escudo

del que resulta sanguinoso estrago
en el pecho le rompe un canto crudo,
con alternas heridas ancho lago,
y en el Cristo a quien voces da devotas,
nuevas imprime llagas con sus gotas.

142

¡Oh tú, que oprimes el mullido lecho,
cuyo cariño desplumó las aves,
y el prolijo artesón te dora el techo,
escoltando tu sueño muchas llaves;
cuando entre holanda y púrpura tu pecho
yertos de torpe amor arrastra graves,
Ignacio te despierta, a Ignacio atiende,
que en un risco su techo y cama tiende!

143

¡Oh tú, que a los gusanos das cuidado,
y a las ruelas de holanda das fatiga,
por quien Milán el oro atenuado
a los tormentos del brocado obliga;
cáñamo mal tejido y bien dentado
el cuerpo viste, y la cintura liga
rudo esparto de Ignacio, que te enseña,
que cabe la grandeza en una peña!

144

¡Oh tú, que bebes (las tinajas rotas)
en tazas de cristal caduco el vino,
y la pluma, la piel, la escama agotas
de golosos melindres adivino,
por quien trasiegan mucho mar las flotas,
investigando el clima peregrino,
a la mesa de Ignacio te revoca,
pobre verás mendrugo y agua poca!

145

¡Oh tú, que aun las holandas te lastiman,
y en tus cariños aun la Holanda es dura,
a quien las plumas en el lecho liman,
y escarpia es de las martas la blandura;
o cuantos a tu vida se le intiman
estímulos, en cuanto se conjura
contra Ignacio, o sea cáñamo sonante,
o de hierro sea zarza penetrante!

146

Tal vez le llama los sangrientos ojos
el Cristo a Ignacio y ve que condolido
le acaricia el peñasco en los despojos,
que le ha de sus entrañas ofrecido:
depuestos en un risco los enojos
de tósigo fatal, se la ha torcido
sobre la frente, en quien sus roscas quiebra,
escamada un abril verde culebra.

147

Pensil desde el cenit baja la araña,
y en cuantas hebras en su vientre esmera,
uno y otro cabello le enmaraña,
y otra le sobrepone cabellera:
el que lo ciñe lino en hilos baña,
y en esconder la sangre persevera,
tan sutil, que en las manchas que le cela,
no se ve lo que va de tela a tela.

148

El que el prado (o saliva de la estrella,
o carbunclo menor) de luces nota,
y si del sol molida no es centella,
es de la luna destilada gota,
sea gusano ya o lucerna bella,
los ojos muertos de la efigie dota,
y en pupila y pupila donde habita,
fulgones late cuando luz palpita.

149

Con los nortes de dos cuernos que mueve.
el tronco arriba trepa perezoso,
manchada de carmín su tersa nieve
un caracol, y otro tortuoso,
y en cada clavo cada cual se embebe,
cuando se anora en ellos tan viscoso,
que arrancar quiere el clavo en quien se prende
porque quedar en su lugar pretende.

150

Azogada purpúrea lagartija
por el sacro cadáver se dilata,
y la cabeza en el costado fija
en cuanta sangre corre, se desata;
la mariposa azul de guija en guija
vuela, y tenaz al cardenal se ata,
y lo esconde piadosa, cuando aquella
el costado con diente y diente sella.

151

Desátase una hormiga y otra hormiga,
y en la llaga, desgarró, o breve gota,
aquello en que tenaz una fe liga,
se vincula a cubrir otra devota,
a cerrarle la llaga ésta se obliga,
la sangre aquella le enjugó, que agota,
que en los brutos ha hallado, y en las peñas
su Criador caricias halagüeñas.

152

De una escuadra que al campo el jugo tala,
ésta y aquélla se perdió abejuela,
y hasta la lengua cariñosa cala,
la que aljófara cargado al labio vuela,
la trompa alivia y aligera el ala,
y en borrarle la hiel tan dulce vela,

que venciendo amargores sus porfías,
nadan los labios dulces ambrosías.

153

Las piedades del risco Ignacio admira,
cuando impiedades de los hombres llora:
cada cual a su puesto se retira,
y en paz del otro, aun el serpiente, mora;
blando del cielo rayo a Ignacio inspira,
cuando piadoso más a su Dios ora,
que en este escriba Patmos Juan segundo
en breve libro Apocalipsi al mundo.

154

La mano con la pluma descansaba
de la sangrienta cruda disciplina,
y en poca plana mucha luz araba,
dictado siempre de la luz divina;
su tinta el sol la pluma le bañaba,
y en cuantos ésta rumbos determina,
eclípticas rubrica de centellas,
epiciclos de luz líneas de estrellas.

155

Breve selló volumen, que intitula
o Ejercicios, o Vías en que el alma,
o descompuestos sus afectos pula,
o tormentosos los imponga calma
sacra después los ha laureado bula,
diploma augusto les paró la palma,
cuando el tercer Paulo a luz los saca,
y los gradúa celestial triaca.
[...]

*A UN SALTO POR DONDE SE
DESPEÑA EL ARROYO DE CHILLO*

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos,
Que, enjaezado de perlas,
Es un potro cristalino.

Es el pelo de su cuerpo
De aljófara, tan claro y limpio,
Que por cogerle los pelos,
Le almohazan verdes mirtos.

Cíñele el pecho un pretal
De cascabeles tan ricos,
Que si no son cisnes de oro,
Son ruiseñores de vidrio.

Bátenle el ijar sudante
Los acicates de espinos,
Y es él tan arrebatado,
Que da a cada paso brincos.

Dalen sofrenadas peñas
Para mitigar sus bríos,
Y es hacer que labre espumas
De mil esponjosos grifos.

Estrellas suda de aljófara
En que se suda a sí mismo,
Y atropellando sus olas,
Da cristalinos relinchos.

Bufando cogollos de agua,
Desbocado corre el río,
Tan colérico, que arroja
A los jinetes alisos.

Hace calle entre el espeso
Vulgo de árboles vecino,
Que irritan más con sus varas
Al caballo a precipicio.

Un corcovo dio soberbio,
Y a estrellarse ciego vino

En las crestas de un escollo,
Gallo de montes altivo.

Dio con la frente en sus puntas,
Y de ancas en un abismo,
Vertiendo sesos de perlas
Por entre adelfas y pinos.

Escarmiento es de arroyuelos,
Que se alteran fugitivos,
Porque así amansan las peñas
A los potros cristalinos.

A LA MUERTE DE ADONIS

En desmayada beldad
De una rosa, sol de flores,
Con crepúsculos de sangre
Se trasmonta oriente joven.

Cortóla un dentoso arado
Que, a no ser de ayal torpe,
Por la púrpura que viste,
Le juzgara marfil noble.

Cerdoso Júpiter vibra
Rayos, marfil, sobre Adonis,
Y el alma que trae de Venus
Hierde más, mientras más rompe.

Espumoso coral vierte
Que en verde esmeralda corre,
Mar de sangre en quien a Venus
Naufragio prepara Jove.

Verdugo monstruo ejecuta
De inflexible Dios rencores,
Y siendo amor el vendado,
Son cadahalsos los montes.

«¡Ay!, fiera sangrienta, dice,
Si asegundarte dispones,
Advierte que en la de Venus
No en mi vida, has dado el golpe.

Y matar una mujer
Con hazaña tan enorme,
Más para escupida es,
Que para esculpida en bronce».

Con esto se vino a tierra
Esta hermosura Faetonte,
Y exhala beldad, ceniza
Del sol que agoniza ardores.

De la herida a la ventana
El alma, al golpe, asomóse
Y aunque halló en la sangre escalas
Saltó atrancando escalones.

Cuando de cansar las fieras,
Ciudadanos de los bosques,
Venía la diosa Venus
Guisando a su amante amores.

Perlas desata en la frente,
Y su cuerpo exhala olores,
Que en amorosa porfía
Mejillas y aire recogen.

Juega la túnica el viento
Y entre nube Holanda expone
Relámpagos de marfil,
Migajas de perfecciones.

Arroyo de oro el cabello,
Libre por la espalda corre,
De la cual pende un carcaj,
Vientre de dardos veloces.

Duplica en la espalda flechas,
Rigores ostenta dobles,
Bruñido dardo a las fieras,
Sutil cabello a los hombres.

Al pequeño pie el coturno
Le pone armiñas prisiones,
blando muro a dura espina
Que a tanta beldad se opone.

Fuentes le abrió de coral,
Quizá previniendo entonces,
Que tanto fuego tuviese
Por la sangre evacuaciones.

Hilos de rubí desata
Para que su nieve borden,
Con que en la tez de las rosas
Lácteos purpureó candores.

Ramos de sangre en tal cielo
Fueron cometas atroces
Que le escribieron desastres
En tan sangrientos renglones.

Espoleóle a su desgracia
Con la espina y arrojóse
Desde el risco del amor
Al zarzal de confusiones.

Trajinaria de distancias,
La vista escudriña el orbe,
Ve un atleta con la muerte
Luchando en rojas unciones.

A Adonis vio, jaspe yerto,
Por lo manchado y lo inmoble,
Y por dudar lo que ve,
Adrede le desconoce.

Asómase toda el alma
A los ojos, conocióle,
Y por dudar y engañarse,
Con engaños se socorre.

Beber la muerte en sus labios,
Cervatilla herida, escoge,
Muerte bebe en barro y vida
En boca rubí propone.

A voces le encaña el alma
Y a la de Adonis, sus voces,
Como se va por la herida,
Son a su prisa empellones.

Mira al cielo de su rostro,
Que alumbraban zarcos soles,
Y halla que a eclipsarlos vino
La luna de su desorden.

De las mejillas, que en rosas
Desabrocharon botones,
Si bordados, no alelés,
Cárdenas violetas coge.

El panal dulce del labio,
Que entre ambrosia daba olores
Si es ámbar flor maltratada,
Hiel al néctar corresponde.

Mas las víboras de sangre,
Que se arrastran por las flores,
Nueva Eurídice, la muerden,
Miembros de mármol la ponen.

Rabiosamente se arroja,
Y es el remedio que escoge,
Beberle en la boca el mismo
Veneno que la corrompe.

La boca avecina al labio,
A heredarle el alma, adonde
Como llegó Venus muerta,
Alterna muerte matóles.

Ay Píramo!, ay, Tisbe nueva!
Riscos blandáis que os lloren,
Pues caváis en una herida
Hoyo a dos vidas conforme.

Con las palabras enjagua
Y dando nieve en sudores,
Con cansados huelgos dice
Estas quejas a los dioses:

«¡Ay Dios bronce!
¡ay Dios diamante!
¡ay Júpiter!, cuando adores
A Europa toro, oro a Dafne,

Tus amores se malogren.

¡Ay, Apolo vengativo!,
Cuando con pies voladores
Sigas a Dafne, de ingrato
Laurel tus sienas coronas.

¡Ay!, náufraga vida mía!,
Que un mar bermejo te sorbe
Y en la roca de la muerte
Te estrellas ya sin tu norte».
Dijo, y por la herida misma
Hasta el corazón entróse,
Que aún más allá de la vida
Un dulce amor se traspone.

AL AGASAJO CON QUE CARTAGENA RECIBE A LOS QUE VIENEN DE ESPAÑA

Esta, mal de la tierra descarnada,
Si con poca bisagra bien unida;
Esta, mal en las ondas embarcada,
Si bien de sus impulsos repetida:
Península Cartago, que ha que náda
—foca de arena— siglos mil de vida,
A uno y otro Jonás que el mar le induce,
A Nínives de plata los traduce.

Esta, de nuestra América pupila,
De salebrosas lágrimas bañada,
Que al mar las bebe, al mar se las destila,
De un párpado de piedra bien cerrada:
Digo, de un metro real, que rocopila
En su niñeta breve dilatada,
Babilonia de pueblos tan sin cuento,
que les ignora el sol su nacimiento.

Esta, sedienta imán de inquietos mares,
esta pina de excelsos edificios,
consagra a la piedad cultos altares,
para libar en todos sacrificios a los que
Europa trasladó a sus lares,
a los que en techos recibió propicios que,
sorbidos de hidrópicas marinas,

a sus templos consagran sus ruinas.

Esta, blanco pequeño de ambos mundos,
de veleras saetas asestado, que,
vencidos los mares iracundos,
a su puerto su proa han destinado:
do de Europa, de América,
fecundos puertos le expone aquel,
este costado, que al sur remite,
al norte le desata la plata en ropas
y la ropa en plata.

Esta, en la selva de sus techos rica,
uno y otro ciprés de piedra erige
en una y otra torre que edifica;
norte que mudo los abetos rige;
Argos esta, a sus cumbres se dedica
y linceos ojos a la mar dirige por albergarlos
en sus ojos antes, aún en poder del mar,
aun cuando errantes.

Esta, pues, Cartagena, esta varada nao
de piedra en la tierra, cuya popa
templo a la Virgen se erigió sagrada,
timón dedica un cirio a errante tropa,
que de argonauta mudo voz callada,
ecos oye de luz, en los que Europa
faroles le responde, con que luego mudos
se hablan con la voz del fuego.

Esta, pues, monte verde, Polifemo
que ilustra los espacios de su frente
de un ojo de un farol, así supremo,
que es mucha llama su pupila ardiente,
su pie le da a besar a cuenta el remo
desde las naos le aborta hesperia gente
en hormigas de pino, en las barquillas
que de españoles pueblan las orillas.

Estos su patrio ya no extrañan suelo
en esta que es común patria del orbe,
en tan pequeño sitio en tanto cielo que,
sin que inmenso número le estorbe,
multitudes alienta su desvelo,
millones su piedad de pueblos sorbe,

pues firmamento ya del suelo medra
el que ciñe zodíaco de piedra.